



ILUSTRACIÓN: ARIANA VERA

# INTRA MUROS

SOLANGE RODRÍGUEZ

**M**ientras vamos y venimos, tarde y mañana por el pasillo, para mantenerlos activos, sabemos que han nacido nuevos chicos porque escuchamos sus llantos. Como ya somos tantos, empezaron a numerarnos por orden de llegada. Acaba de nacer Sesenta y tres. Sesenta y dos no vio la luz porque mamá consideró que no venía en buenas condiciones. Yo alcancé a tener nombre.

El manzano es muy alto y es el que divide el patio en dos. De un lado corretean los niños y por el otro toman sol los viejos, cerca de los sembríos y de las lápidas. En el comedor es donde elegimos pareja. Nos está permitido tener varias a lo largo de la vida, pero no más de tres. Eso mamá lo leyó en una revista y nos lo recalca mucho. La biblioteca es donde se aprende cómo era el mundo antes de este confinamiento. Conocí a Doce porque le gustaba leer tanto como a mí y me impresionó su habilidad para quebrar las reglas. Tras las estanterías tuvimos nuestro primer acoplamiento. Desobedientes, no solicitamos turnos para hacerlo en los baños, como todo el mundo.

Doce también me enseñó a trepar al manzano para ver fuera de las paredes de esta casa y a mirar largamente las sombras de la luna (Doce dice que desde allí también alguien atrapado, nos mira). Ella planea que algún día saltará las murallas y saldrá de aquí para explorar la tierra así esté devastada, como mamá cuenta. A mí, en cambio, solo me interesa saber qué número de pareja soy en su vida. Y si lograré convencerla para que se quede. Ella ignora lo que le pregunto, mirando siempre en dirección del vecindario tapiado donde otras familias numerosas han encendido sus propias luces. Temo que yo no sea su compañero número tres.